

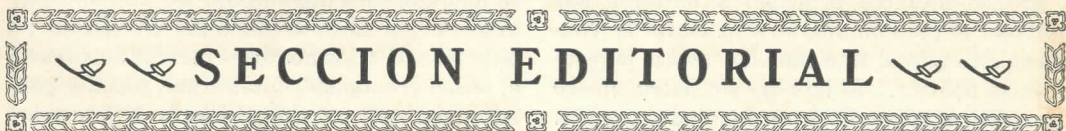
Puerto Rico Evangélico

“Las islas esperarán su ley.” Isaías 42:4.

ANO 4.

PONCE, PUERTO RICO, ABRIL 25 DE 1916.

NUM. 20



SECCION EDITORIAL

Los Partidos Políticos y el Clericalismo.

«No existe un solo principio progresista que no haya sido maldecido por la iglesia católica . . . La iglesia maldijo la Revolución Francesa, la Constitución Belga y la Independencia Italiana. No ha nacido una constitución, no se ha dado un paso hacia el progreso, no se ha efectuado una sola reforma, que no haya caído bajo los terrórficos anatemas de la Iglesia Papal.»

—Emilio Castelar.

EN la pasada dominación apenas existía el peligro clerical en nuestras contiendas políticas. La iglesia estaba unida al estado, mejor dicho, el estado estaba sujeto a la iglesia. Pero en la presente sí es una realidad visible, creciente y monopolizadora. La iglesia, separada hoy del estado, hace esfuerzos supremos por unirse nuevamente al estado y someter por completo a éste, lo que de seguro redundaría en perjuicio de ambos, y especialmente del pueblo que tendría que soportar la tiranía de una iglesia inquisitorial y la degradación de un estado clericalizado.

El clericalismo en la política es la viva expresión de la histórica lucha del Papado contra el Imperio, de la autoridad eclesiástica queriendo sobreponerse a la autoridad civil, el espíritu de la Edad Media sobreviviendo en la Edad Moderna.

Acostumbrada la Iglesia Romana durante 400 años a disfrutar y abusar de privilegios incompatibles con los derechos de las democracias y el espíritu de libertad de nuestra civilización moderna, es natural, muy natural que se resintiera amargamente al verse despojada de los tales privilegios y que, repuesta del repentino golpe sufrido, intente, con admirable tenacidad y chocante atrevimiento, recuperar, lo más pronto posible, las

posiciones perdidas. Árbitra ayer, por las conceciones de la monarquía española, se dispone hoy a serlo, y para siempre, contando con sus propios esfuerzos y con el consentimiento y apoyo de los tímidos y los convencionalistas.

A las porfiadas luchas políticas del pasado han seguido las no menos porfiadas del presente. Los liberales de antaño y los republicanos y unionistas de hogaño han combatido, con singular firmeza y verdadera abnegación, movidos por el santo sentimiento del patriotismo, buscando generosamente aumento de prosperidad, de cultura intelectual, de justicia y de libertad para Puerto Rico. En las filas de estos partidos han militado y militan hombres y mujeres de clara inteligencia, y de fe inquebrantable que han estado y están dispuestos a ofrecer sus haciendas, sus talentos y su tiempo por el bien y la redención social de su patria, quienes, por muy lamentable desgracia, han creído que el mayor obstáculo para la consecución del bien patrio estaba ayer en España y hoy está en los Estados Unidos, y siempre en sus adversarios en ideales políticos.

Ofuscados en conseguir la victoria sobre sus contrarios o denunciar las injusticias del gobierno español y las arbitrariedades del gobierno americano, no se han dado apenas cuenta del inminente peligro clerical, que es el peligro de los peligros.

El hombre de la sotana, el hombre sin familia y sin patria, al hallarse despojado de sus viejos y carísimos privilegios, al convenirse de que los partidos políticos modernos

no lo reconocen como el dictador de su pueblo, sino como un simple ciudadano, igual a sus demás conciudadanos ante el augusto altar de la ley, protestó enérgicamente contra el actual nivelador estado de cosas. Y principió a acariciar, como Francia después del 70, el ideal de la revancha, sutil y progresivamente. Y hoy va resuelto a su realización.

Desde entonces principió a moverse por obtener el predominio, no sólo sobre la conciencia religiosa, sino también sobre la conciencia política. El hombre sin patria quiere convertir a la patria en un feudo del papado.

Allá por el año 1910 el ilustrado sacerdote Castaing, disgustado con nuestros partidos políticos, cogió la pluma y desde el alto sitio de la prensa diaria hizo un franco llamamiento a los suyos, con el fin de que, abandonando sus respectivos partidos políticos, constituyesen en Puerto Rico el *partido católico*. La suerte fué que a tiempo y viril periodista portorriqueño don Mariano Abril le salió al encuentro, desde las ilustradas columnas de *La Democracia*, probando con aplastante lógica la gravedad del mal que existe en la intromisión de la religión en la política de un país.

El monstruo del clericalismo mostró su horrorosa cabeza, pere el certero golpe del estudioso y experto polemista le obligó a sepultarla en el fondo de la sacristía.

En honor a la verdad, hay que confesar que el Obispo no sancionó públicamente el funesto proyecto de su subordinado el Sr. Castaing, a quien los suyos entonces dejaron solo. Mas, por desgracia, el monstruo no fué herido de muerte: sólo cambió de táctica, como veremos más adelante.

Castaing es francés, y desconociendo el espíritu del pueblo americano, intentó implantar en esta bella isla de América los métodos clericales que están en boga en Europa, es decir, la formación de un partido francamente clerical llamado católico, frente a los partidos laicos o avanzados que se disputan el poder y la dirección política de la conciencia pública, como sucede en Francia, Alemania, Bélgica, etc.

Pero el obispo americano aceptó el fin del sacerdote europeo, adoptando los métodos más adecuados a la consecución del mismo, sin violentar la letra de la Constitución de los

Estados Unidos. Su plan, según lo demuestran los hechos, no consiste en poner un partido clerical frente a los otros partidos políticos, el cual plan lo llevaría a la derrota, sino en sostener las más amistosas relaciones con los partidos más poderosos, a fin de ganar la buena voluntad de sus líderes y el apoyo de su prensa. Y mientras socava, por medio de su maquiavélica diplomacia, los cimientos de nuestros partidos, se afana por clericalizar, a todo trance, a los hombres más influyentes en el orden económico, intelectual, social y político, mediante su admisión en la poderosa orden, los Caballeros de Colón. Muchos, por novedad, otros por ostentación y la mayor parte quizás por conveniencias particulares han ingresado y continúan ingresando en la mencionada orden clerical.

Los resultados no han podido ser más satisfactorios. El éxito más halagüeño ha coronado los esfuerzos tan astutamente hechos. La orden de los Caballeros de Colón resulta, a todas luces, un instrumento mil veces mejor que el dichoso partido católico de Castaing, pues por medio de esa organización rápida o paulatinamente se clericalizan los directores de de la opinión pública y, por consiguiente, los partidos.

Hagamos ahora algunas consideraciones.

Clericalizando a las clases directoras, naturalmente se clericalizan las clases dirigidas. Aquellas dan el dinero y la inteligencia para las elecciones; éstas, el trabajo personal y los votos. De esto se deduce claramente que (si las cosas siguen como van, si la masonería no despierta, si las masas populares no se oponen, si los partidos no se defienden, si los elementos liberales no se unen pronto, para contrarrestar por medio de una activa y sabia campaña el avance arrollador del clericalismo) el secreto de la derrota o del triunfo en unas elecciones dependerá, no de los candidatos que convengan a los intereses del pueblo o prefieran los organismos directores de los partidos, sino de un acuerdo secreto de la *caballería colombiana*. Quien entonces dirigiría la política del país, no sería, no, la Junta Central de la Unión ni el Comité Territorial del Partido Republicano, sino ¡el Obispado!!

Entonces, y ese entonces llegará ¡ay! demasiado pronto, si el pueblo no despierta a tiempo, nuestro parlamento, nuestros ayuntamien-

tos, nuestras juntas escolares, etc. no estarán compuestas de hombres libres, sino de los maniqués de las sacristías y de los favoritos del obispado.

Para desempeñar, desde el humilde puesto de sepulturero de la más insignificante población hasta el de Secretario o Gobernador de Puerto Rico, será preciso, absolutamente preciso presentar un certificado del cura de la parroquia, en el cual certificado conste claramente que uno está exento de toda clase de herejía protestante, espiritista, teosofista, librepensadora, socialista, masónica, etc; que uno es caballero de Colón o *peón* de los caballeros mencionados, esto es, que uno acepta lo que éstos aceptan y hace lo que ellos manden.

Ese día nuestros partidos políticos ya no serán más que meras figuras decorativas. Semejantes serán a ciertos animales que, por vivir en la obscuridad, han perdido la facultad de ver, pero conservando aún los ojos como antes. Así como estos animales conservan el órgano visual sin la visión, nuestros partidos conservarán el órgano o cuerpo de la libertad, pero con el alma de la esclavitud, con el espíritu de la servidumbre.

Cuando aquí el patriotismo verdadero, el carácter y una vida de servicios no valgan nada; cuando aquí el *beatismo*, el servilismo y la zanganería valga todo; cuando ser hombre libre signifique ser un proscripto en su propia patria y ser un hombre convencional equivalga a ser un ciudadano modelo; cuando la protesta viril de una conciencia honrada se considere un escándalo social y la vergonzosa sumisión de una conciencia timorata se aplauda como una norma ideal de honor y de fe; cuando en fin, nuestros hombres huelan al incienso de los altares, y sus lenguas repitan el susurro del confesonario, y sus rodillas se doblen ante el amo tiránico de un pueblo desgraciado, como los parsis ante el sol naciente; cuando aquí sucediera todo eso, sería mejor para esa generación de víctimas del clericalismo no haber visto nunca el sol irradiando en el cielo, ni haber nacido o vivido en una tierra que Dios hizo tan bella y tan rica, pero que los hombres se empeñan en hacerla tan pobre y envilecida.

La influencia predominante del clericalismo en la vida de un pueblo es la causa principal

de la corrupción política y religiosa de las conciencias, el atraso de las masas, la ruina de su prosperidad y la muerte de sus libertades.

La disyuntiva que nuestros hombres públicos y el pueblo en general tienen que resolver, es:

O el clericalismo acaba con nosotros y el país o el país y nosotros acabamos con él.

No hay término medio. No existe campo neutral. O con el país y en contra del clericalismo o con el clericalismo y en contra del país.

ABELARDO M. DÍAZ.

✱

Horas de Agonía.

Por Hedgar Pluvianness,

Editor de "La Bonne Revue," Digne, France.

POCAS veces viene a nuestras manos un escrito de un autor francés, tan espiritual e intensamente patético, como el que sigue, describiendo una escena en el centro de la enorme conflagración europea. Mr. Pluvianness es el editor de la única revista protestante de su clase en Francia, *La Bonne Revue*, publicación completamente evangélica, la cual es leída por gran número de soldados en las trincheras, de los cuales, según nos escribe el editor, «recibe cientos de cartas llenas de gratitud por las bendiciones recibidas de su lectura.» También nos asegura que el incidente que sigue es un hecho auténtico de la guerra.»

—El Editor de «*The Christian Herald*.»

Amanecía una clara y brillante mañana de octubre cuyas sombras proyectadas, al fencer desplegaban más radiantes destellos de luz. La escena se realiza en un amplio hospital de Bordeaux. Cada una de las blancas camas que llenan el espacioso salón contiene un soldado mortalmente herido. El salón está lúgubre y silencioso . . . aquí un suspiro . . . allá un gemido . . . después la tierna y afectuosa voz de una enfermera. Eso es todo. La Parca inexorable ronda silenciosa alrededor de los agonizantes.

Franceses y alemanes que ayer se odiaron se hallan juntos en este salón cuidadosamente atendidos por los médicos y enfermeras del hospital.

Aquí se ve la negra cabellera de un meri-